

M^a FERNANDA MENDOZA RUIZ, HCR

**UN AMOR
QUE
LLENA LA VIDA**

M. INÉS DE JESÚS GÓMEZ

M^a Fernanda Mendoza Ruiz, H.C.R

Un amor que llena la vida

M. Inés de Jesús Gómez
Primera Superiora General de las Hijas de Cristo Rey

ROMA 1999



M. Inés de Jesús Gómez

INDICE

1. En Albuñol se adelanta la primavera	5
2. La semilla cayó en tierra buena.....	9
3. Una maestra para un pueblo	13
4. Una mujer en búsqueda.....	17
5. En la Corte del Rey.....	23
6. Abriendo senderos.....	28
7. Al que da fruto, lo poda, para que dé más fruto..	33
8. Un servicio nuevo	37
9. Etapas en el camino	40
10. Nostalgia de una presencia	42
11. ¡Gloria al Rey...!	44
12. En los brazos del Padre.....	49

1. En Albuñol se adelanta la primavera

La noche de aquel 14 de marzo, para Bartolomé y Ana fue clara como un amanecer. Una pareja de niñas llegaba a aumentar y alegrar aquella casita, pequeña y pobre, en la que ya correteaban dos niños. Para aquel joven matrimonio, con la llegada de las dos pequeñas, aquel año se había adelantado la primavera.

Era el 1847 y en aquel pueblo de la Alpujarra granadina, Albuñol, en seguida se corrió la noticia y las vecinas vinieron presurosas a alegrarse con los padres.

Al día siguiente, el bautizo. Isabel M^a y Pilar fueron los nombres que se pusieron a las recién nacidas, como las hijas de su madrina.

Pronto llegó el sufrimiento a la casa, pues con poco más de un año, Pilar se fue a aumentar el número de los ángeles. Dios trazaba para Isabel M^a otros caminos.

La pequeña era despierta, inquieta, traviesa. Cuando su madre no le encargaba algo que hacer en la casa, el juego ocupaba sus días. A él se entregaba con todo su ser, con la vivacidad y el tesón que la caracterizará toda la vida. No faltaron en este tiempo travesuras que le costaron caras, como cuando encendiendo pólvora se quemó la cara, y sus caídas y heridas fueron constantes.

Pero esta niña tenía algo especial y era su gran deseo de aprender; se iba a la puerta de la escuela para oír lo que la maestra enseñaba, pero ella deseaba con todas sus fuerzas entrar y adquirir los conocimientos que desde fuera difícilmente llegaba a alcanzar. Por ello, continuamente importunaba a sus padres para que la dejaran ir a la escuela.

No era esto tan fácil en el pueblo, pues para las pequeñas sólo existía la posibilidad de asistir a una clase, que se debía pagar y no eran muchos los recursos de la familia. No obstante, cuando ya tenía siete años, sus padres la enviaron al colegio.

Isabel demostró ser inteligente y a los siete meses ya sabía prácticamente todo lo que la maestra enseñaba, y leía de corrido, aunque como ella dice, sin darle sentido, como si cantara. Tuvo que dejar la escuela y, de nuevo, a corretear y jugar sin descanso.

Al fin, un día llega para ella una gran noticia. Isabel corre a decírselo a su madre; ha llegado una maestra y ella quiere ir a su escuela. Tanto ardor pone en sus palabras que, finalmente su madre cede, aunque hay que pagar una pequeña cantidad.

La niña está contenta y con gran entusiasmo asiste a las clases, aprende pronto a escribir, cuentas y algo de las asignaturas. Ocho meses han pasado que le han parecido poco, pero su madre piensa que, para una pobre, ya sabe bastante. Isabel no encuentra modo de convencerla para que la deje seguir. Pero ya empieza a demostrar que encontrará recursos para todas las dificultades.

En efecto, piensa y piensa y, al fin, se le ocurre la solución. No tendrán que pagar nada para que siga en la escuela; ella se ofrecerá a servir a la maestra en todo lo que le mande.

La maestra acepta y como la considera bastante adelantada, la nombra instructora de las niñas a las que dedicará su tiempo y, en los ratos libres, estudia, tanto, tanto, que llegará a ser conocida en el pueblo como “la niña que más sabe”. Es feliz.

Esta felicidad se ve improvisamente truncada. Su padre, al que ella quería inmensamente, muere y en mucho tiempo no encuentra consuelo sino en el llanto. Toda la alegría que había disfrutado en estos últimos tiempos desaparece.

La muerte del padre además complica la situación económica en la casa. El hermano mayor debe irse al servicio militar y el otro decide marchar a buscar trabajo. La madre trabaja día y noche para sacar adelante a Isabel y su hermana pequeña, pero no es suficiente e Isabel deja la escuela y empieza a bordar, para ganarse un jornalito con el que ayuda a su madre.

Unos años han pasado y decide estudiar para maestra, sin dejar el trabajo del bordado. Su maestra que tanto la quiere, le ayudará en este intento.

Su gran ilusión en estos momentos es llegar a tener una escuela en donde poder enseñar a muchas niñas. Esta idea la llena de ánimo.

Las circunstancias no parecían favorecer esta aspiración, no obstante, ella, constante en sus propósitos, decide no desalentarse y llevar a cabo su gran deseo. Mientras borda, los libros estarán sobre el bastidor e irá así adquiriendo los conocimientos necesarios. Antes de acostarse volverá a leer la lección que se le grabará en la memoria durante el sueño. Así, día tras día, con perseverancia y tesón. Finalmente se examina en Granada y su sueño se hace realidad. Ya es Maestra. Acaba de cumplir veintidós años.

2. La semilla cayó en tierra buena...

Isabel es una joven que todos consideran modelo. Pertenece a la asociación de las Hijas de María; confiesa y comulga con relativa frecuencia. En el pueblo se la considera una joven digna de estima.

Se había puesto en relaciones con un joven, porque ciertamente a ella le gusta que la quieran y piensa que el camino normal de toda mujer es el matrimonio, pero no está muy convencida y además tiene un poco de temor, porque el joven no tiene muy buena fama. Por otra parte están sus estudios; su gran deseo era llegar a ser maestra y no quiere distracciones que le hagan olvidar lo fundamental, por ello decide no entregar su corazón a nadie, hasta que no haya llevado a cabo su gran deseo.

En estas circunstancias, se va a producir un hecho que hará cambiar totalmente la vida de Isabel. Será su nueva y distinta juventud.

En efecto, tiene 21 años cuando se organiza en su pueblo una Misión. Ella no sabe en qué consiste, pero, cuando ve aparecer a los misioneros, recuerda un sueño que había tenido hacía tiempo: Una procesión pasaba por su casa y todos los que la componían se volvían a mirarla. Dos de ellos, vestidos de sacerdotes, se le acercaron, hablaron con ella y le dieron un folio para que lo leyera.

Este sueño no lo olvidó jamás, y cuando vio aparecer a los misioneros, le recordaron a los dos personajes que habían hablado con ella. Este recuerdo la llenó de gozo y la preparó para asistir a la Misión con el entusiasmo con que emprendía todas las cosas.

Esta fue la gran ocasión que el Señor le tenía reservada. El momento de su gran conversión, como ella misma afirmaba. Asiste a las charlas que dan los misioneros y su corazón queda transformado, deseoso de conocer y servir mejor a Dios.

Hace una confesión general y después de ella y de terminar con el joven con el que mantenía relaciones, como le había indicado el confesor, su vida cambió totalmente. Con la firmeza propia de su carácter, emprende ahora el camino de la perfección.

Dios ha tenido misericordia de ella, y ella le responderá cada día con un ánimo más decidido y entusiasmado. Resuelve, y así lo escribe en un cuaderno que conservará toda su vida, "no cometer a sabiendas ni la más pequeña imperfección", y Dios acepta su ofrecimiento y se le comunica con innumerables gracias.

Ahora que empieza a conocer a Dios, le parece haber salido a la luz, después de haber vivido en una oscura caverna.

Dios se le va comunicando y dándole a entender los misterios de su amor. Ella le corresponde con una intensa vida de oración, mortificación y deseos de amarle y serle fiel. Continuamente tiene ante sí lo mucho que Cristo ha tenido que padecer por los pecados de los hombres y, en particular, por los suyos, y la meditación de la Pasión le producirá un dolor tan intenso que le hará derramar continuas lágrimas.

Pero esto no siempre es así. De vez en cuando el Señor hace como que se retira. Comienzan las tentaciones y los sufrimientos. Ante ella se presenta el mucho bien que haría a las almas, si a ellas dedicara el tiempo que emplea en la oración. Con dificultad vence esta tentación y, como nunca que ha emprendido una cosa la deja a medias, la resolución que había tomado de hacer un tiempo de oración, decide cumplirla e incluso amplía el tiempo empleado en ella. Con esto quiere que el Señor vea su voluntad de serle fiel en todo y no dejarse llevar de los propios deseos.

Experimenta que el Señor la conforta y como que la acompaña continuamente y ella se esfuerza por corresponder a los muchos favores que recibe. Al mismo tiempo siente un gran deseo de dar a conocer a Dios.

En estas circunstancias, decide hacer oposiciones a una escuela estatal, pues su vocación a la enseñanza es fuerte.

Como sólo hay una plaza, la quieren disuadir de opositar, pero no lo consiguen porque desea que estas primeras oposiciones le sirvan de práctica para otras futuras. No alcanza la única plaza que había, no obstante, como ha hecho muy buenos ejercicios, le dan poco después la escuela de un pueblo cercano al suyo: Juviles.

Ya ve satisfechos sus deseos y se prepara con entusiasmo a emprender su nuevo camino, ansiosa de hacer el bien a todos y de dar a conocer la bondad y misericordia de Dios que ella con tanta fuerza ha experimentado.

3. Una Maestra para un pueblo

Ya se encuentra en el pueblo, con el corazón rebosante de gozo. Apenas llega, ya surgen las primeras dificultades. No hay casa para ella y se debe hospedar en la casa del Secretario del Ayuntamiento. Tampoco hay edificio para la escuela y debe contentarse con una sala que le cede el mismo Ayuntamiento, mal amueblada y sin ventilación. Isabel no se echa atrás. Esos problemas no le impedirán comenzar sus clases y emplea todo su ingenio para solucionarlos.

Empezará las clases sin pizarra, y sin cristales en las ventanas, que no puede cerrar si quiere que penetre la luz. Tampoco las niñas parecen preocuparse por estas dificultades. El entusiasmo de la maestra y el deseo de aprender de las alumnas caldeará el ambiente en los fríos días de invierno. En la primavera, los paseos al campo no sólo servirán para estudiar directamente la naturaleza, sino, sobre todo, para aprender a ver a Dios en la creación. Así, junto a los conocimientos intelectuales, las alumnas se van entusiasmando cada vez más con el ardor espiritual de su maestra.

Isabel se encuentra contenta con sus niñas y su clase. Su vocación de maestra la lleva a dedicarse con todo entusiasmo y abnegación a su obra. Las niñas están muy atrasadas y deben adelantar. Sobre todo, deben aprender a amar a Dios, a ser buenas cristianas. Deseosa de darles a conocer las maravillas que Dios realiza en las personas, empieza con ellas un intenso apostolado que las va transformando poco a poco.

El pueblo está satisfecho con la nueva maestra; los padres de las alumnas la veneran y le procuran todas las cosas necesarias para vivir, ya que el Ayuntamiento no le abona con regularidad su paga.

Pasa un poco de tiempo viviendo en casa del Secretario, y se ve obligada a acudir a algunas reuniones de entretenimiento que no considera propias para ella, que desea vivir sólo para Dios. Con este motivo, decide traer al pueblo a su madre y hermana para que vivan con ella.

Es muy difícil encontrar casa en aquel pueblo y, después de buscar sin descanso, encuentra una, pequeña y mala, en la que con frecuencia entra el agua y la nieve, pero se siente feliz, fundamentalmente, porque Dios se le manifiesta y le hace sentir su bondad y misericordia y porque, con los inconvenientes que trae consigo el vivir mal acomodada, puede mortificarse y demostrar al Señor su amor. Por otra parte, la escuela, sus alumnas, llenan completamente su tiempo, y su pasión por la enseñanza crece de día en día.

Su entusiasmo y buen hacer se trasluce y lleva a algún muchacho a pedirle le enseñe a escribir con corrección. Ella se compromete a hacerlo y pronto se ve rodeada de un grupo de muchachos que desean aprovecharse de este bien.

Comienzan las clases, con horario nocturno, porque los alumnos durante el día deben trabajar en el campo y ella no puede dejar a sus alumnas y su escuela. Los jóvenes están animados; la respetan y aceptan sus consejos, junto con su enseñanza. Ella antepone a todo la enseñanza y práctica de la religión, consiguiendo de ellos todo lo que se propone.

No obstante, algún mal rato le proporcionan estas clases. El maestro del pueblo se siente herido en su amor propio y, por otra parte, desea las ventajas materiales que piensa proporciona a Isabel esta clase. Trabajo le cuesta a ella convencerlo de

que lo hace sin ningún interés, pero al fin consigue una sincera amistad con él y su familia.

Junto al trabajo en sus clases, coopera con el Párroco en la solución de algunos problemas que surgen en el pueblo. El principal se origina cuando se intenta celebrar en él un matrimonio civil.

Enterada por el Párroco, que le pide colaboración, se decide a emplear todos los medios a su alcance para impedirlo. Habla con unos y otros; expone el significado de este hecho y las consecuencias del escándalo, y el resultado no puede ser más consolador: el matrimonio civil no se celebra, aunque junto a este éxito, tiene que enfrentarse con las personas que lo habían ideado y que se vuelven contra ella. No importa, ella es feliz de haber evitado este mal.

Una nueva ocasión se le presenta de llevar un alma a Dios y, en este caso, es su hermano el que recibirá por su medio este gran bien.

No esperaba él, incrédulo y anticlerical, y que venía dispuesto a ganarla para su causa, que sería lo contrario. Efectivamente, ¿qué sabía él del ardor de su hermana, de su deseo de llevar almas a Cristo y de su convicción de estar en la verdad?

Pronto deshizo todos los argumentos que él le presentaba y termina por convencerlo de sus errores. Una nueva conquista para el Señor que la llena de gozo.

4. Una mujer en búsqueda

Isabel está contenta en Juviles. La gente la quiere y las clases van adelante, incluso el Inspector en su visita la felicita por ello, pero en su corazón hay un deseo que va creciendo día a día, hasta convertirse en irresistible: Conocer cuál es la voluntad de Dios sobre ella.

Su antigua maestra, que tanto la quería, la anima a ponerse en relaciones con un maestro de un pueblo cercano y ella, que todavía no ve claro lo que Dios desea, lo hace, pensando que quizás sea esto lo que El espera de ella. No era así y Dios claramente le hace comprender que debe dejar este camino, pues sólo debe pertenecerle a El.

Era un domingo y, cuando ya ha acabado la Misa y la gente ha salido de la Iglesia, Isabel sigue allí orando. Jesucristo se le manifiesta y la reprende por no seguir los deseos que El mismo le ha inspirado de que a ninguna criatura entregue el amor de su corazón, que debe ser sólo y exclusivamente para El.

Ya no tiene ninguna duda; ya sabe qué debe hacer y, con la entereza de siempre, se propone ponerlo por obra. Rompe las relaciones con el maestro, exponiéndole las razones que la llevan a ello y aunque él no queda muy convencido, no tiene más remedio que aceptar la decisión de Isabel.

No han terminado las dificultades. Ella no había oído hablar de la vida religiosa y quiere conocer cómo realizar los deseos que Dios le ha inspirado y, mientras espera se lo manifieste, en un pueblo cercano se presentan unas religiosas, las *Hermanitas de los Pobres*, que van pidiendo limosna para los ancianos que ellas cuidan.

La maestra de aquel pueblo, amiga de Isabel y que conocía sus intenciones, le avisa de la presencia de estas religiosas e Isabel se presenta a ellas y les expone su deseo de pertenecer a su Instituto, insistiendo en que le comuniquen a la Superiora su interés en llevar a cabo su deseo.

Efectivamente, ingresa en este Instituto. Ya cree haber encontrado su camino y haber descubierto la voluntad de Dios. Se lanza con entusiasmo y decisión a recorrerlo, aunque no encuentra más que dificultades: pocas fuerzas para el trabajo que se le exige; poca habilidad para los oficios que debe realizar. Esto lleva consigo, además de la mortificación y el vencimiento propio, también humillaciones, pues las Hermanas se dan cuenta de su poca capacidad para este tipo de trabajos y a veces se lo indican. Estas dificultades no la desalientan; piensa en los trabajos y humillaciones que por ella sufrió Jesucristo y esto la anima a seguir adelante.

Los fríos, el cansancio, las humillaciones, nada le acobarda; más aún, se siente feliz y contenta de poder demostrar su amor a Cristo. Sin embargo, no es éste el camino que El deseaba para ella. Una noche sueña que debe abandonar el Instituto y cuando, al día siguiente, lo cuenta a la Superiora, ésta le dice: “No sería de extrañar”. Isabel se siente morir. ¿Qué significaban estas palabras?

Ella ignoraba lo que durante el tiempo que llevaba en las Hermanitas habían organizado los padres de sus alumnos y las autoridades del pueblo. Con insistencia pedían a las religiosas que la dejaran volver; que las niñas la necesitaban; que en el pueblo hacía mucho bien. Las superioras piensan que, en efecto, esto sería lo mejor para ella y deciden que deje el Instituto.

Y, de nuevo en Juviles con el cuerpo, mas su corazón y su espíritu seguían en la casita que había debido dejar. Sufre sobre todo, pensando que Dios no la ha considerado digna de tenerla en su casa.

Tanto sufrimiento interior la pone enferma; piensa que va a morir y no encuentra remedio a su mal que es más espiritual que corporal. Por otra parte, sabe que Dios quiere de ella que sea religiosa, pero las Hermanitas, al despedirla le habían dicho que debía llevar la dote. ¿Dónde encontrarla? Sus amigos le indican que le procurarían el dinero, pero no para el fin que ella deseaba. No le queda más apoyo que su confianza en el Señor. Si El quiere, todo lo solucionará. En efecto, lo soluciona, pero no por los caminos que a ella le parecerían normales.

Su antigua maestra quiere ayudarle, como siempre lo ha hecho, por eso habla con un sacerdote de Granada y le expone el caso. Él promete hablar en su favor en algunos conventos de la ciudad, en los que aceptan recibirla sin dote, pero Isabel desea pertenecer a un Instituto dedicado a obras apostólicas. Había pensado algunas veces en las Hijas de la Caridad, porque, dice ella, “éstas iban al Japón y a la Gran China, iban con los misioneros o auxiliaban a éstos, recogían niños abandonados y luego los educaban en la Religión Católica y esto les proporcionaba muchos trabajos”¹. Como en todo lo que emprende, sus aspiraciones son grandes.

Finalmente, va a Granada. El sacerdote que se ha convertido en su protector, D. Francisco Barranco, al recibirla le propone, “¿por qué no entra Vd. en las Hijas de Cristo?” Su respuesta es inmediata: “Porque no tengo vocación para ello”. Pero, ¿quiénes eran las Hijas de Cristo? ¿Cómo sabía que no tenía vocación para este Instituto?

En verdad que le eran desconocidas. Sí había tenido conocimiento de su Fundador, el Canónigo D. José Gras, que hacía tiempo enviaba a los pueblos la revista fundada por él, *El Bien*, con el deseo de que se propagara la asociación de *La Corte de Cristo*; Isabel había tenido en sus manos la revista y, entusiasmada con lo que en ella se decía, había escrito al Fundador, pidiéndole información para formar en Juviles Coros de adoración de la *Corte de Cristo*. Esta había sido la ocasión de saber de él, pero todo había quedado ahí. Y ¿las Hijas de Cristo?

Hacia un año que D. José Gras, deseoso de que Cristo reinara en todo el mundo, había sentido la llamada de Dios a fundar un Instituto que llevara a cabo este ideal, por medio de la enseñanza dada a las niñas y jóvenes, que había de ser la base para el reinado de Cristo en la familia y en la sociedad. Y había nacido el Instituto.

Era el 26 de mayo de 1876 cuando se bendice la casa en la que quedan instaladas las primeras componentes de él. Poco después llega la que iba a ser la Superiora. Comienzan las clases y la vida de comunidad. Pero algunas de ellas no logran integrarse en el grupo y se marchan. Entre ellas la superiora. Sin embargo, una sigue adelante. El Instituto no debe morir, a pesar de las primeras dificultades.

Isabel nada sabe de las Hijas de Cristo y, de momento, nada quiere saber, por lo que con D. Francisco decide seguir el plan previsto. Este señor la presenta a la superiora de las Hijas de la Caridad; todo parece ir bien, sin embargo, surge una nueva dificultad. Isabel ya ha cumplido treinta años, fecha límite para el ingreso y, por tanto, hay que pedir permiso al superior general que reside en Madrid. Doce o quince días tardará la respuesta. ¿Qué hacer entretanto?

¹ Crónicas, p. 11.

Como la ida a Granada la había hecho en secreto, sin decir nada a nadie, sin despedirse ni aun de su madre, para evitar que ocurriera como la primera vez, decide marchar al pueblo y esperar allí la respuesta del superior.

Antes de marcharse va a despedirse de la familia de su maestra que vivía en Granada. Cuando cuenta los pasos que está dando y las dificultades que encuentra, la señora de la casa le dice: “¿por qué no entra en las Hijas de Cristo?”. Era la segunda vez que oía este nombre, pero en esta ocasión, su corazón dio un salto.

Así lo cuenta ella: “Yo no puedo explicar lo que estas palabras hicieron en mi corazón. Nuestro Señor me dio a conocer era su voluntad entrara en este Instituto tan claramente, que no me quedó duda ninguna”².

No obstante quiere estar segura de que realmente es esa la voluntad de Dios, por eso, con la confianza de una hija con su Padre, le pide una señal que la deje convencida de que no se equivoca en la elección. Y la señal es que, cuando al día siguiente vaya a despedirse de D. Francisco Barranco, las primeras palabras que le dirija este señor sean: “¿Por qué no entra en las Hijas de Cristo?”.

Dios acepta este reto filial, y apenas se encuentra con el sacerdote, le oye pronunciar estas palabras a las que responde prontamente que está dispuesta a hacerlo.

Es el 12 de abril de 1877. D. Francisco e Isabel llegan a la casita donde estaban establecidas las Hijas de Cristo. Hablan con el hermano del Fundador que le sustituía mientras éste estaba en el Sacro Monte y la acepta para el Instituto, considerando que realmente tiene vocación para él.

Decide tomarse unos días para arreglar los asuntos de la escuela y el 18 del mismo mes, entra oficial y definitivamente en el Instituto. La recibe D. José Gras que recuerda su ofrecimiento algunos años antes, de establecer la Corte de Cristo en Juviles, extrañándose de que no lo hubiese puesto en práctica.

² Carta al P. Pedro López, 7-4-1919.

5. En la Corte del Rey

Isabel ya es feliz. Siente que se encuentra en el lugar que Dios la quiere y se abandona ciegamente a lo que El quiera hacer de ella.

Son tres las que forman la pequeña comunidad, pues ha ingresado una nueva postulante, y entre las tres se reparten los trabajos de la casa. Dos deben atender a las clases durante el día; por la noche, deben hacer otros trabajos, pues los ingresos que perciben con la enseñanza y lo que el Fundador ofrece, que es todo cuanto gana, no son suficientes. Bordan casullas y otros ornamentos de Iglesia para el Sacro Monte y con eso van ayudándose. Bien le sirven ahora a Isabel los trabajos de bordado que, siendo casi niña, había tenido que realizar en su pueblo.

Diez días lleva Isabel en el Instituto, cuando el Fundador la nombra superiora de la pequeña comunidad. No era esto lo que ella hubiera deseado, sino más bien obedecer a una superiora que le mandase, pero lo aceptó, comprendiendo que siendo principio de fundación, pocos privilegios y honores había de tener y sí muchas penas y dificultades que vencer.

Y, en efecto, enseguida empiezan las dificultades de dentro y de fuera, pero antes el Señor la consuela y da aliento. El día 8 de junio de este mismo año 1877, recibe el Hábito de Hija de Cristo Rey, junto a la otra Hermana que se había encontrado, al ingresar en el Instituto. Es el día del Sagrado Corazón y el suyo se llenó de gozo al poder considerarse ya aceptada por el Señor y experimentar que había acertado en la elección. Cambia su nombre de Isabel por el de Inés de Jesús.

Con este hecho toma aliento para seguir adelante, dispuesta a recibir todo lo que el Señor quiera enviarle.

La vida en la casa seguía con normalidad; las clases, los trabajos de labores, la oración y la vida espiritual.

Aumenta el número de niñas y entran varias postulantes. Algunas no perseveran, mas, al poco tiempo, ingresan dos hermanas que llegarán a ser piedras fundamentales en el Instituto.

La M. Inés se multiplica, pues debe atender a las clases, cuidar de todo lo referente al colegio y, sobre todo, dedicarse a la formación espiritual y, a veces, literaria de las nuevas postulantes.

Una nueva alegría experimentará este año. El Arzobispo le concede pueda profesar el 25 de diciembre. Junto a la Hermana que había tomado el hábito con ella, emite su profesión, y se entrega al Señor, con la decisión de no dejarlo jamás.

Se presenta pronto un problema; la casa se hace pequeña ante el aumento del personal, y el Fundador decide comprar con sus ahorros una casa más amplia. Allí se trasladan las Hermanas poco después. Sin embargo, la estancia en esta casa dura poco. El Fundador tiene un gran deseo y no quiere dejarlo pasar. Su ilusión es

levantar un gran templo a Cristo Rey. Esto no puede realizarse sin tener un amplio terreno.

Empieza la búsqueda y, al fin, encuentran algo que parece interesarles: la casa del Conde de Benalúa que está en venta. Ciertamente en esta casa-palacio, hay espacio para establecer el colegio y construir un templo, y se decide la compra.

El problema es el dinero, pues el Fundador ha empleado todo lo que tenía en comprar la casa anterior que no es fácil vender ahora. No obstante, se entrevistan con el Conde y éste da toda clase de facilidades para el pago. Así parecía, pero, en verdad, no cumplió su palabra. El Fundador, en su sinceridad y honradez, creyó en la verdad del ofrecimiento y se decidió a hacer la compra. El Conde, en contra de todo lo prometido, le exige el pago antes de tiempo, con amenazas de llevarlo a los tribunales.

Duros fueron estos momentos; todo parecía venirse abajo y sólo la confianza en Dios, pudo ayudar a superarlos.

También el Fundador en esta ocasión tiene que sufrir la humillación de que le nieguen la ayuda que necesita. En estos momentos los que parecían amigos no responden, más aún consideran que no es muy sensato al comprometerse en algo que no puede llevar a cabo. Él sufre en silencio y la M. Inés también al verlo abatido, orando con confianza para que el Señor quiera ayudarles en estas circunstancias.

Y así fue. Finalmente y, a pesar de tanta dificultad, la casa es ya del Instituto.

Sin embargo, el dinero no abunda; las dificultades económicas aumentan, pues incluso en la nueva casa se deben hacer arreglos indispensables para que cumpla los requisitos para el fin que se pretende. Hay necesidad de pedir permiso al Arzobispo para pedir limosna por los pueblos de la Diócesis.

Nuevos trabajos y nuevas humillaciones. No existían muchas comodidades en aquellos tiempos para viajar ni tampoco las pretendían las Hermanas. Muchas veces tienen que recorrer largos trayectos a pie con el calor del verano andaluz. La M. Inés las anima y se dividen en grupos que van por los pueblos cosechando pocas limosnas, pero muchos actos de virtud. No todo el mundo las recibe bien; algunos incluso las ofenden, pero el Señor las cuida, y hasta las favorece con algunos hechos extraordinarios.

Es la misma M. Inés la que cuenta que en una ocasión en que debían tomar un tren, viendo que no llegaban a tiempo, invocó a la Virgen para que hiciera que se detuviera y ellas pudieran tomarlo. Así fue, el tren se paró en pleno campo, hasta que las Hermanas llegaron y subieron en él.

La pobreza que vivieron estos primeros tiempos, la encontramos reflejada en las palabras que la M. Inés escribe en las Crónicas: “Verdaderamente estaba entonces la Comunidad necesitadísima... Por espacio de seis años no se alimentó de otra cosa que de unas sopas por la mañana, un cocido poco sustancioso al mediodía y un guiso de patatas o arroz por la noche”³.

A pesar de esta escasez, las Hermanas creían que aún no padecían bastante e indicaban a la M. Inés que todavía tenían algo que comer y deseaban llegase el momento en que no fuera así. “Madre, decía una de ellas, mucho nos regalamos; así no imitamos a los santos y, de este modo, no podemos serlo”⁴.

³ Crónicas, p. 37.

⁴ *Ibíd.*, p.38.

La M. Inés con el ejemplo las animaba a seguir adelante, uniéndose a los sufrimientos de Cristo, si bien esta escasez que tenían que padecer las hermanas era para ella también motivo de dolor.

6. Abriendo senderos

Ya han pasado nueve años desde que D. José Gras había fundado el Instituto. Hay que pensar en recorrer nuevos caminos para poder hacer que Cristo sea conocido y amado y así levantarle nuevos tronos donde reine plenamente.

El primer paso se dará en un pueblo de la provincia de Granada, Montegícar. Por allí habían ido las Hermanas pidiendo y algunos señores se han animado a cederles una casa donde puedan instalar un colegio y educar a sus hijas. Y se decide la fundación.

Era el mes de junio del año 1885. La M. Inés va a preparar las clases y organizar el colegio, pero aún no ha terminado de prepararlo todo, cuando le avisan de Granada que en la ciudad se ha declarado el cólera. Decide que salgan de allí las hermanas más jóvenes y las colegialas que no tenían padres y vayan a Montegícar. Ella se vuelve a Granada y junto con otras hermanas e incluso varias novicias se dedican a cuidar a los enfermos.

La situación era desoladora; la epidemia se extendió rápidamente, y familias enteras fueron invadidas por la enfermedad. Escenas de desolación y espanto se ofrecían por toda la ciudad. La M. Inés cuenta lo ocurrido y la reacción de las Hermanas:

“En este tiempo se diezmó la Capital y en todo él las Hnas. no tenían tiempo ni para dormir ni para comer ni descansar un momento. Sor Purificación tenía un coche que le habían dado en una de las casas que tenía de coléricos, porque tenía que recorrer, creo, seis casas y acudía a todas sin faltar a las horas en que a cada uno debía dar las medicinas. Además, como había casa que a todos los había invadido la enfermedad, le rogaron respondiera de las alhajas y todo cuanto había en la casa. Tanta fue la disposición que desplegó que milagrosamente pudo atender a todo”⁵.

Continúa la M. Inés su narración presentando algunos datos que describen la situación de aquellos días:

“El día 13 de Agosto fui a una casa invadida por la epidemia, llevando a Sor Gertrudis para que se quedase cuidándoles; había muerto el Sr. de la casa, una criada estaba agonizando, una Sra. estaba atacada y la otra convaleciente. Este cuadro me horrorizó y me entristeció sobre manera, porque en ese día toda la capital casi, era presa del contagio. Pregunté al médico que cuántos había atacado y me dijo, 80 mil, esto es, tantos como habitantes hay. Así es que, por la calle, no se veían más que carros llenos de cadáveres, religiosos y religiosas y médicos que van a favorecer a los pobrecitos enfermos, y personas que iban buscando medicinas. ¡Qué día de terror, Dios mío!”⁶.

⁵ Crónicas, pp. 114-115.

⁶ *Ibíd.*, pp. 115-116

Este mismo día, la M. Inés y otra de las Hermanas cayeron enfermas. El resto de la comunidad se desvivió por cuidarlas y el mismo Fundador vivió momentos de angustia, procurándoles todo lo que necesitaban y permaneciendo junto a ellas hasta que salieron del peligro. Esto le valió que en el Sacro Monte le indicasen que, puesto que allí no había llegado la epidemia, se quedase en la capital, hasta que pasase todo.

La M. Inés quedó muy débil de la enfermedad y poco después se le descubrió un tumor en el costado que el médico consideró de carácter maligno, con necesidad de operación urgente.

Ella hubiera deseado que nadie supiera lo que le ocurría y su mucho amor a la cruz era el acicate que la animaba a mantenerse en silencio, pero al fin lo supo el Fundador y le mandó que aceptase la operación unida a la Cruz de Jesucristo. En efecto, pensando lo que este mismo Señor tuvo que sufrir por salvar al hombre se unió a su sacrificio, contenta de poder ofrecerle algo para demostrarle su amor.

Contra el parecer del médico, pronto estuvo en pie de la operación y dispuesta a seguir trabajando para que Cristo reinase en otros lugares.

Primero fue en Sevilla, donde las Hermanas habían ido a dirigir unos Talleres fundados por una Junta de Señoras que, pronto se vio no querían dejar en manos de nadie la dirección de los mismos.

El mismo Fundador había llevado a las Hermanas a Sevilla. No se llevó muy buena impresión del recibimiento que les hicieron, pero confió en que pronto todo iría bien.

No fue así. Las señoras, a los pocos meses decidieron rescindir el contrato que habían hecho y, sin cumplir las condiciones del mismo, indicaron al Fundador que debía retirar de allí rápidamente a las Hermanas. Así fue, no siéndole posible a aquél ponerse de acuerdo con la Junta ni hablar con el Padre que la dirigía.

Ya pensaba volverse a Granada con las Hermanas, cuando le propusieron que se dejase en el barrio de Triana, donde hacía mucha falta la enseñanza religiosa. Era una propuesta interesante y que D. José Gras en su deseo de que Cristo fuera conocido, aceptó aunque comprendía las dificultades que llevaba consigo. La primera era encontrar una casa donde establecerse.

Las Hermanas, deseosas de hacer el bien, aceptaron quedarse en una casita alquilada e intentar defenderse económicamente, aunque debieran pedir limosna. A pesar de su buena voluntad, surgieron diversas complicaciones y la M. Inés, que ya había sido nombrada Superiora General por el Fundador, aunque aún no estaba del todo restablecida de la operación que había sufrido, se presentó en Sevilla para intentar poner remedio a las dificultades.

No fue fácil decidir la instalación, pues el alquiler de la casa se llevaba prácticamente lo que recogían de limosna. La clase que inauguraron pronto se llenó de alumnas gratuitas y la comunidad debía atender a la enseñanza y salir a pedir. La superiora enfermó y mucho se dudó si dejar la fundación.

La M. Inés, con gran confianza en el Señor y deseosa de hacer el bien, no cejó hasta encontrar un bienhechor que les cedió, sin alquiler, una casa.

Después de Sevilla, fue en Madrid donde el Instituto abrió una nueva casa. Las Hermanas se encargaron de unas Escuelas Gratuitas y tampoco fue fácil la vida en la Capital, donde tuvieron que cambiar varias veces de lugar y vivir con estrecheces económicas.

Desde Madrid, surgió una nueva fundación en Las Palmas a donde iba un nuevo Obispo, D. José Cueto de la Maza, que las tomó bajo su protección.

Un grupo de cinco hermanas marchó a comenzar la instalación de un Colegio que pronto se llenó de alumnas, por lo que hubo que enviar nuevas religiosas. Las Hermanas trabajaban con entusiasmo y, cuando al año de encontrarse allí, la M. Inés fue a visitarlas, quedó contenta de cómo trabajaban y de los frutos que estaban cosechando⁷.

Pronto se fundó también un Noviciado pues habían surgido varias vocaciones y dada la distancia, parecía más conveniente que las jóvenes aspirantes permanecieran allí.

La M. Inés estaba contenta, pues pensaba que esta casa ayudaría a las demás con el personal, y quizás también económicamente, ya que las jóvenes que iban ingresando eran instruidas y casi todas maestras.

⁷ Así debió comunicárselo al Fundador que le escribe indicándole que le sirven de consuelo “las noticias de la observancia ejemplar y de la excelente manera de ejercer su apostolado de educación de esas Hermanas”, Carta 16-11-1892.

7. Al que da fruto lo poda, para que dé más fruto...

Un período de paz parecía vivir el Instituto, cuando comienzan otro tipo de dificultades que harán sufrir enormemente a la M. Inés que, como Superiora General, se considera responsable de él.

El dolor se presenta con la muerte de algunas hermanas, entre ellas una novicia. Sin embargo, le produce un dolor mayor la salida de dos religiosas, una de ellas superiora en Madrid, que se marcha, llevándose dos novicias que estaban en aquella casa.

Su sufrimiento no puede describirse. Así lo expresa al Fundador: “Estoy resignada con la adorable permisión del Señor que tantos y tantos golpes nos hace sufrir”⁸, pero este golpe aumenta su confianza en Dios, y en la misma carta escribe: “Tengamos ahora, más que nunca, esperanza en nuestro Señor y conformidad con sus divinas disposiciones. He pasado días de angustia suprema...”⁹.

Pero no será ésta la última ni la más dolorosa de las aflicciones que en estos años deberá afrontar el Instituto y harán sufrir, junto al Fundador, a la M. Inés. Aún queda otro gran momento de purificación para el Instituto.

La gran prueba llegará el año 1895. La M. Inés tenía fundadas grandes esperanzas en la casa de Las Palmas y en el Noviciado, como se deduce de las palabras que había escrito al Fundador: “Tenemos un Noviciado hoy, que vale más que ése”¹⁰, pues hay algunos talentos que no los encontrará V. ahí, y algunas con su título superior y adornadas con toda clase de conocimientos que luego podrán representar un Colegio con lucimiento...”¹¹ Efectivamente, en sólo cuatro años de estar la comunidad instalada allí, ya habían profesado tres Hermanas y había varias novicias.

La M. Inés incluso había pensado pedir se estableciera en el Colegio una Escuela Normal para poder examinar a las estudiantes de magisterio, como se lo dice al mismo Fundador: “Yo he dicho a Sor Pilar”¹² que vea de conseguir en Las Palmas, den a aquella casa el privilegio de Escuela Normal, para facilitar sacar los títulos y hasta obtener escuelas por oposición”¹³.

Todas estas ilusiones se vienen abajo. El P. Fundador recibe una carta del Sr. Obispo de aquel lugar, con fecha 13 de mayo de 1895, en la que le dice: “Juzgo de todo punto necesario que venga V. por aquí, para tratar un asunto de interés vital para el Instituto de que es V. Fundador...”¹⁴.

Estas palabras inquietaron naturalmente a D. José Gras y a la M. Inés y ya estaba aquél dispuesto a partir, puesto que el mismo Señor Obispo le advertía que solamente con él se podría tratar tal asunto, cuando recibe un telegrama indicándole ser innecesario el viaje.

⁸ Carta 3-7-1893.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ Se refiere al Noviciado de Granada.

¹¹ Carta 12-6-1893

¹² Sor Pilar era la superiora del colegio de Las Palmas

¹³ Carta 2-8-1893

¹⁴ Carta 13-5-1895.

La incertidumbre se desvaneció desagradablemente cuando unos días después reciben, tanto el Fundador como la General, M. Inés, una carta de las Hnas. que les hiere el corazón, en la que les comunican su paso a la Orden de Santo Domingo.

D. José Gras piensa ir a ver qué ha pasado; se presenta al Arzobispo de Granada para pedirle transitoriales para pasar a aquella Diócesis. El Arzobispo escribe al Obispo de las Palmas, con la esperanza de que el hecho no se halla consumado aún, pero ya no tiene remedio. Sólo la Maestra de Novicias vuelve, con el corazón destrozado por lo que allí ha ocurrido.

Pero no es hora de lamentarse. El Fundador anima a las Hermanas a vivir cada vez más unidas a Cristo y entre sí, y les escribe: “Que se cierren como una muralla viva, junto al Corazón de nuestro Rey y defensor divino”¹⁵.

La M. Inés sufre indeciblemente, pero está conforme con la permisión de Dios. Así lo expresa en su Diario: “yo estoy profundamente triste, mi alma está en una continua agonía con tan terrible golpe y, aunque mi alma está conforme en un todo con la divina voluntad, sin embargo, hay momentos que parece voy a morir de puro dolor”¹⁶.

Son años de sufrimiento estos que Dios quiere compensar con una gran alegría. En febrero de 1898, el Instituto recibe el *Decretum Laudis*. Es un gran paso en el camino de dificultades y sufrimientos que se ha ido recorriendo con gran confianza en Dios y con pocas ayudas humanas.

¹⁵ Carta 2-7-1895

¹⁶ Diario de la Superiora General, p.108

8. Un servicio nuevo

La M. Inés hacía tiempo había pensado que se debía reunir un Capítulo General. Los acontecimientos que se habían ido sucediendo dificultaron la realización de este deseo. Ya había llegado el momento de ponerlo en práctica y, una vez que el Instituto ha pasado a ser de Derecho Pontificio, se reúne el primer Capítulo General del Instituto, en septiembre de 1899.

El Arzobispo delega en el Fundador para que lo presida.

Es elegida Superiora General la M. Ángela de la Cruz, una de las primeras religiosas que habían ingresado cuando ya la M. Inés estaba en el Instituto. Esta es elegida primera Consejera y Ecónoma General. A ella también se le encarga siga tramitando dos fundaciones que habían comenzado en el período anterior.

Su cargo de Ecónoma General le proporciona no pocos trabajos. Todas las casas acuden a ella en las dificultades económicas que nunca faltaron al Instituto. Quisiera solucionarlas todas y continuamente tiene que estar pendiente de la Providencia, a la que acude con plena confianza, segura de que no le puede fallar.

Se presentan además en estos años nuevos problemas, internos y externos. Por una parte, la Maestra de Novicias, M. Esperanza de Jesús, muere poco después de celebrado el Capítulo y hay que pensar en llenar ese hueco tan importante. La escasez de personal es un agobio para todas y tras examinar detenidamente las cualidades de unas y otras, se decide dar el nombramiento a la M. Inés que se encontraba de superiora en el Colegio de Madrid. Gozosa toma sobre sí este nuevo encargo y emprende su nuevo servicio al Instituto con todo entusiasmo.

Formar a las novicias en un gran amor a Jesucristo y un fuerte deseo de cumplir su misión de hacerle reinar en el corazón de las niñas y, a través de ellas, en la familia y la sociedad, es una tarea que realiza gustosamente.

Las novicias recogen sus enseñanzas avaladas por las obras y virtudes que le ven practicar. Atentas a lo que su Maestra les indica, la observan con cuidado y descubren su humildad, su abnegación, su vida mortificada. Todos los consejos que les da, los ven realizados en ella y así les resulta más fácil aprender.

Ellas procurarán ser fieles toda su vida a lo aprendido y visto en los casi dos años que la M. Inés permanece en el Noviciado.

Surge además en estos años otro gran problema, originado por la política sectaria del Gobierno que piensa hacer desaparecer todos los Institutos religiosos que no hayan recibido la aprobación definitiva de la Santa Sede.

Con este motivo hay que empezar nuevamente la tramitación de los documentos necesarios para presentar en Roma. Nuevos trabajos y movimientos de los que no se ve exenta la M. Inés, que junto al Fundador y la M. General, se desvive por activar rápidamente la aprobación.

Así sucede que, a solos tres años de haber recibido el Instituto el *Decretum Laudis*, será aprobado definitivamente, pues la Santa Sede tiene en cuenta, con este Instituto como con otros que se encuentran en las mismas circunstancias, el posible peligro de extinción que se avecina.

Con fecha 16 de agosto de 1901, León XIII aprueba definitivamente el Instituto. Con ello se soslaya el peligro. El Fundador aprovecha este hecho para animar más, si cabe, a las Hermanas a vivir como les corresponde al nombre que llevan de Hijas de Cristo Rey y de acuerdo con la misión que están llamadas a realizar, insistiendo en su deseo de que actúen como verdaderos apóstoles de la Soberanía de Cristo.

9. Etapas en el camino

Han pasado seis años desde el primer Capítulo General. Es el año 1905 y se celebra el segundo Capítulo. La M. Inés es de nuevo elegida Superiora General. Nuevamente emprende las obligaciones que el cargo le pide. El Instituto ya se ha desarrollado bastante, pero nuevas fundaciones la obligan a viajar para visitar las casas, animar a las Hermanas y solucionar los problemas que van surgiendo.

Un orfanato en un pueblo de la provincia de Jaén, Baeza. Una Junta de señoras desea que las religiosas se encarguen de la educación de las niñas. Allá va la M. Inés, contenta por la labor que se puede realizar. La comunidad está deseosa de hacer el bien y de preparar a Cristo Rey un nuevo trono en el corazón de aquellas niñas. Pero surgen dificultades y no todo se puede solucionar con el entusiasmo y la buena voluntad de las hermanas.

Las señoras, junto a su deseo de que las religiosas formen a las niñas, también desean ser ellas las que dirijan a las religiosas. La intromisión en los asuntos internos es tanta que no hay más solución que abandonar aquel campo que con tanto amor y buena voluntad había aceptado la M. Inés.

No todo, sin embargo, van a ser fracasos y sufrimientos. Un gran consuelo será, el salto que el Instituto da a Galicia, con la fundación de un nuevo orfanato que dará muy buenos frutos.

Y después serán los colegios de Benifayó, en la provincia de Valencia; Villanueva del Arzobispo en Jaén, D^a Mencía en Córdoba y alguno más.

El Instituto va adelante; las vocaciones aumentan; las hermanas están deseosas de llevar a Cristo a todo el mundo, "del uno al otro confín", como sueña el Fundador, que continuamente las anima y se interesa por la marcha de los colegios y la formación de las niñas.

La M. Inés además de visitar los colegios, escribe sin cansancio. Siempre lo había hecho, pues no era fácil viajar en aquellos tiempos. A veces era la escasez de recursos la que impedía hacerlo y otras las muchas ocupaciones y asuntos que, como General debía solucionar, las que no le permitían moverse y visitar a las Hermanas con la frecuencia que hubiera deseado. Gracias a ello, quedan sus cartas en las que expresa su intenso amor a Dios, su deseo de la santificación de las Hermanas y su celo por inculcarles y hacerles vivir la misión que el Fundador había deseado que todas ellas tuvieran muy en su corazón.

La edad y las enfermedades que nunca le faltaron, no impiden a M. Inés mantenerse en continua actitud de alerta, para todo lo que significase dar más al Señor y vivir para el Instituto. Su espíritu de mortificación, su gran amor a Jesucristo, le hacen sobreponerse a todo. El avanzar de los años y la disminución de fuerzas van madurando su interior y haciendo más fecunda su vida. Sigue sembrando, no sólo doctrina, sino testimonio vivo que las religiosas recogen con amor y veneración.

10. Nostalgia de una presencia

Los años van pasando. Con grandes esfuerzos se va consolidando el Instituto. La M. Inés trabaja sin descanso, a pesar de la edad y las enfermedades. Muchos eran sus sufrimientos interiores y exteriores, pero aún le quedaba que sufrir un gran dolor.

Faltaba poco tiempo para que tuviera lugar el cuarto Capítulo General. Era el año 1918. D. José Gras ya había cumplido los 83 años y, aunque con dificultad, seguía trabajando en su deseo incansable de que Cristo reinase en el mundo. Cada día, sin embargo, se encontraba más débil. Las religiosas lo cuidaban con amor de hijas, pero aquel verano había sido muy duro para él.

Llegó el mes de julio y como todos los meses, preparó el número de la revista *El Bien* que, sin interrupción, había publicado durante cincuenta y un años. Este año era el cincuenta y dos. Las novicias le ayudaban a leer las revistas y periódicos que le interesaban para sus artículos, porque su vista ya no le ayudaba en esta tarea.

Pero no llegó a ver impreso este número. El día 7 de este mes, al atardecer, vino el Rey a llevar consigo y a coronar al que había sido su vasallo fiel.

Gran golpe para todo el Instituto, pero, sobre todo, para la M. Inés que le había estado tan cercana, desde su ingreso en él. Era un hecho que, no por esperado, era menos doloroso.

En el *carmen* que, junto al noviciado, solía el Fundador pasar algunas temporadas de descanso, se encontraba a punto de morir. A la M. Inés el médico le aconsejaba que no debía sufrir ninguna fuerte impresión y, sobre todo, si no quería perder la vista de su ojo enfermo, no podía llorar. Promete no hacerlo, a pesar de lo que significaba para ella ver morir a D. José Gras y, desde el colegio, donde se encontraba estos días, llega junto al enfermo que había esperado el momento de que estuviera presente la General, para dar su última bendición a todas las Hijas de Cristo Rey, "presentes, ausentes y futuras". Momentos de fuerte emoción en los que todas las Hermanas que se encontraban allí se esforzaban por contener las lágrimas.

La M. Inés, como había prometido, se sobrepuso a su profundo dolor con heroica voluntad, y contuvo el llanto que la naturaleza con fuerza pedía. Fue el tributo que pudo ofrecer en este día 7 de julio, en que el Fundador entregaba una vida que había empleado toda ella en servicio de su Rey, Jesucristo.

Y acompañando el cadáver que había de ser enterrado en el Sacro Monte, un dolor profundo se descubría en su rostro, pero su voluntad firme mantenía la promesa que había hecho.

11. ¡Gloria al Rey...!

Mucho había luchado D. José Gras para que Cristo fuera reconocido y aceptado como Rey. Mucho había aconsejado a sus hijas que fueran apóstoles incansables de la Soberanía de este Rey divino y ellas continuaban trabajando esforzadamente por hacerle reinar en el corazón de sus alumnas y de todas las personas con las que se encontraban y, al frente de ellas, la M. Inés que había trabajado por llevar a cabo la misión encomendada al Instituto por su Fundador, con el empeño y entusiasmo que avivaba su amor a Cristo.

Mucho hubiera disfrutado el corazón del Padre, si hubiera visto al mundo entero en adoración a los pies de su amado Rey. Ya junto a El, en el cielo, se gozaría sin duda, al ver el entusiasmo con que sus hijas vivieron y celebraron un gran acontecimiento: la proclamación de la fiesta litúrgica de Cristo Rey.

El Papa Pío XI, acogiendo el sentir de toda la Iglesia, creyó llegado el momento de establecer un día al año en que se honrara la divina realeza de Jesucristo.

Es el Año Santo de 1925. El Papa desea coronarlo con la proclamación de la Fiesta de Jesucristo Rey. En una Encíclica, *Quas Primas*, explica el sentido de la misma y manifiesta la confianza de que su celebración “impulse felizmente a la sociedad a volverse a nuestro amadísimo Salvador”¹⁷. Las Hijas de Cristo Rey y la M. Inés sobre todo, leen con entusiasmo las palabras del Papa, creyendo oír a su Fundador en ellas.

La Fiesta se debía celebrar el último domingo de octubre y, en ese día, renovar la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús. Sin embargo este primer año, para cerrar el Año Santo, afirma el Papa, se celebrará el 31 de diciembre.

En la Basílica de San Pedro, en Roma, se tendrá por primera vez, con la presencia del Papa que será el que consagre en ese día a la humanidad al Sagrado Corazón de Jesús. Allí acudirán de todo el mundo católico a unirse a tan importante acontecimiento.

La M. Inés, con casi ochenta años no se siente capaz de emprender tan largo viaje para estar presente en ese momento feliz. Pero el Instituto debe estar representado. Las Hijas de Cristo Rey de la mano de su Fundador han proclamado durante años la Soberanía de Cristo, cuando aún la Iglesia no lo había hecho oficialmente. Ahora deben unir sus voces a las de todos los pueblos y naciones.

Así se lo escribe al Cardenal Vico, Protector del Instituto, D. Manuel Medina Olmos ¹⁸ indicándole, “tengo a esta Congregación como cosa propia” ¹⁹y le da la razón de ello: “Unido yo al venerable Fundador del Instituto, D. José Gras y Granollers por lazos de amistad y compañerismo”²⁰. Y añade: “El Sr. Gras, Canónigo de este Sacro Monte ha sido en la tierra el Paladín de la Soberanía social de Cristo. Vivió diciendo a todas horas, *Cristo reina*, fundó el Instituto de Hijas de

¹⁷ Enc. *Quas Primas*, nº 25

¹⁸ El Beato Manuel Medina Olmos, mártir en 1936, acababa de ser nombrado obispo auxiliar de Granada y marchará también a Roma en esta ocasión

¹⁹ Carta de D. Manuel Medina al Cardenal Vico, 12 nov. 1925. Arch. HCR

²⁰ *Ibid.*

Cristo Rey; a sus colegios se les llama la *Corte de Cristo*²¹; en todos ellos se saluda con la invocación *Cristo reina...*²² y concluye con estas palabras: “nadie mejor que ellas para figurar en esa fiesta solemnísimas”²³.

Efectivamente, así lo piensa también la M. Inés y se dispone a que un grupo de religiosas marche a Roma y esté allí presente ese día. Formando parte de una peregrinación organizada por el Magisterio Español, tres religiosas asistirán como representantes de todo el Instituto, llevando en su corazón los deseos y el fervor de todas las Hermanas y de su Superiora General que, desde Granada, vivirá estos momentos inolvidables.

La M. Inés establece que, en todas las casas del Instituto, se celebre este día con la mayor solemnidad posible y vaya precedido por un triduo. El día 31, después de la misa, que será cantada, se cantará el *Te Deum* y se terminará con uno de los himnos a Cristo Rey que hacían vibrar al Fundador, cuando los oía en las voces infantiles de las alumnas de los colegios.

Con entusiasmo emprenden las tres Hermanas agraciadas su viaje a Roma, llevando como obsequio al Santo Padre un álbum con la firma de todas las religiosas del Instituto y de las alumnas que educan en sus colegios. Asisten el día 31 a la Misa celebrada por el Papa y a la Consagración que hizo de todo el mundo a Cristo Rey. Su corazón se ensanchaba cada vez que oían cantar el *Christus vincit*, “a nosotras, escriben al contar sus impresiones, nos ocasionaba honda impresión, cada vez que este coro repetían, que fueron muchas”²⁴.

Para la M. Inés este hecho debió ser como el coronamiento de su vida, entregada al Rey y dedicada con todo entusiasmo a hacerle reinar en cada una de las Hermanas, en las comunidades y en los colegios que con tanto esfuerzo se habían ido fundando. Agradecía al Señor la hubiera hecho digna de ver ese gran día y de poder presentarle, en nombre del Fundador, el ramillete del Instituto con sus diecisiete Colegios en los que ya hacía tiempo se proclamaba su divina Soberanía.

Todavía, sin embargo, vería realizado otro gran deseo que compartía con ella todo el Instituto. Todas las Hermanas estaban deseosas que tener cerca los restos del P. Fundador que se conservaban en el Cementerio del Sacro Monte. Habían pasado nueve años desde que el Padre muriera, cuando al fin se consiguió llevar a cabo este razonable deseo.

El año 1927, el día 7 de julio, aniversario de su muerte, fueron inhumados en la cripta que a tal fin se había abierto en la iglesia de la casa generalicia y noviciado en el Albaicín.

El día anterior fue el traslado, realizado con toda solemnidad y con asistencia, no sólo de las superiores de todas las casas del Instituto y numerosas religiosas, sino con representación de todos los colegios de Granada y de las comunidades religiosas masculinas y femeninas de esta ciudad.

Desde el Sacro Monte, se organizó una procesión con los restos de D. José Gras, con la asistencia de los Canónigos del Sacro Monte presididos por el Abad, que al llegar al límite de la Parroquia, cedió la presidencia al Obispo Auxiliar, D.

21 En efecto, al menos el colegio de Granada, era conocido vulgarmente con este nombre.

22 Carta citada.

23 *Ibíd.*

24 Apuntes de nuestro viaje a Roma, en *El Bien*, julio 1926,8.

Manuel Medina Olmos. La urna con los restos quedó expuesta en la iglesia de S. Gregorio hasta el día siguiente, 7 de julio que, después de la celebración de la Eucaristía, se depositó en la cripta.

Ahora la M. Inés está tranquila. Puede visitar al Fundador, como en los días de su vida, cuando desde el Sacro Monte venía él a visitarlas y juntos deliberaban sobre las vicisitudes del Instituto.

12. En los brazos del Padre

La M. Inés siente que se acerca el encuentro con Jesucristo. Cada día está más débil y sólo su fuerza de voluntad la mantiene dispuesta a continuar luchando.

Cada vez con más frecuencia debe guardar cama. Las religiosas la cuidan con esmero, pero ya parece que Dios la desea junto a sí. Se va consumiendo poco a poco, alternando los momentos en que se encuentra como aletargada y otros de gran lucidez.

Una tarde en que se encuentra más animada, la Maestra de Novicias desea que se despidan de las novicias. Una a una pasan a saludarla y para todas tiene una frase de aliento y le da su bendición.

Es el mes de marzo de 1930, pocos días quedan a la M. Inés para cumplir sus ochenta y tres años, cuando el médico indica su extrema gravedad. Se prepara para recibir el Sacramento de la Unción de Enfermos que recibe con plena lucidez, contestando a las preguntas del ritual. A la mañana siguiente recibe el Viático. Toda la Comunidad la acompaña en este acto. Pero aún no ha llegado el fin.

Las Superioras de los distintos Colegios vienen a visitarla y despedirse de ella. Pero la estancia no puede prolongarse y deben volver a sus casas. Así lo dice la misma M. Inés que no desea que las superioras descuiden sus obligaciones.

También la visita con frecuencia D. Diego Ventaja ²⁵, que tanto amaba al Instituto, incluso el Arzobispo subirá un día a aquel barrio alto de Granada, para darle su bendición. Agradece todas estas visitas, pero para ella es más importante la que cada día se digna hacerle el Rey para que no falte a su alma el alimento que le da vida.

Así pasa el mes de abril, entre altos y bajos, sufrimientos y noches de insomnio, alternativas que la van consumiendo, al mismo tiempo que se va purificando en el sufrimiento y la aceptación gozosa de la voluntad de su Señor.

El dos de mayo, primer viernes de mes, a las tres de la tarde, hora en que muere Jesús cuya Pasión había sido para la M. Inés tema continuo de meditación desde que decidió entregarse totalmente a El, en aquel lejano tiempo de su conversión, Cristo viene a recoger a su Esposa fiel.

El cadáver queda expuesto hasta el día cinco en que se celebra el funeral, presidido por el Arzobispo de Granada. Son numerosas las personas que desfilan ante los restos de la M. Inés,

Después del funeral, es enterrada en la cripta en la que ya se encuentran los restos del Fundador, D. José Gras, que la ha precedido en el Reino hacía doce años. Junto a él reposará la M. Inés que tanto le ayudó en vida a llevar a cabo la obra que el Señor le había encomendado.

²⁵ El Beato Diego Ventaja, Canónigo del Sacro Monte, mártir en 1936.

